

EL COLEGIAL

AÑO I
MAYO DE 1941

N.º 7



PRECIO

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)



LA GARZA BLANCA GRANDE

CLASE AVES

(CASMERODIUS ALBUS EGRETTA)

Habita desde Tarapacá a Magallanes.

Se les designa con el nombre común de Garzas. Viven en el país dos especies con el nombre de garza grande o real y garza chica o garceta. Las garzas pertenecen a las aves Zancudas o de ribera, nombres que están en relación con el modo de vivir de ellas. Toda su conformación está en relación con la vida del ave; así la longitud de sus patas, cuello y pico tanto para el vuelo y búsqueda de su alimento, juegan un importantísimo papel. Como la mayor parte de su vida la pasa en las riberas de las lagunas, ríos, lagos, charcos de agua donde buscan su alimento, con sus largos tarzos se meten en el agua sin temor de ensuciar su blanca pluma y al sorprender un pez estiran su largo cuello y con una rapidez asombrosa lo atrapan; cuando vuelan estiran su largo cuello hacia adelante y sus patas hacia atrás y se equilibran perfectamente.

Estas aves fueron perseguidas por los cazadores sin compasión alguna para obtener las plumas llamadas aigrettes que estuvieron de moda y llegaron a costar precios fantásticos debido a su finura y su purísimo color blanco.

Las modas han sido siempre, el peor enemigo de las especies zoológicas.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

Casilla 6562
—Correo 4.—

Santiago de Chile.

El COLEGIAL

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:

Annual . . \$ 50.—
Semestral . . 25.—

AÑO I

REVISTA INFANTIL

N.º 7

EDITORIAL (Epígrafe).

Publicamos a continuación una carta que nuestros lectores leerán con la misma satisfacción y el mismo orgullo que experimentamos nosotros. Porque los términos en que viene concebida son un desinteresado reconocimiento de la labor educativa que la Dirección de nuestra revista se ha propuesto desarrollar, aliando en una medida lo más armónicamente posible, lo útil con lo agradable, para obtener una provechosa enseñanza instructiva y moralizadora. Sea la publicación de esta carta la mejor demostración de nuestra gratitud para con los miembros que componen la docta Sociedad Entomológica de Chile.

SOCIEDAD CHILENA de ENTOMOLOGIA

Casilla 4647 - Santiago

C.E.No. 78

Santiago, 10 MAY 1941

Señor Director de la
Revista "El Colegial"
Casilla 6562
Presente

Estimado Señor Director:

La Sociedad Chilena de Entomología tuvo ocasión en una de sus últimas sesiones, de conocer por intermedio de nuestro consoocio el Hno. F. Ruiz P., los números ya publicados de la Revista infantil "El Colegial" que aparece semanalmente bajo su digna dirección.

Los Señores Socios asistentes pudieron admirar en esa oportunidad la excelente iniciativa que tan favorable acogida ha encontrado en las páginas de su Revista, de divulgar en forma sencilla, amena y completa la flora y fauna de Chile que tan mal conocen nuestros escolares.

Esta idea, Señor Director, que hasta ahora no había sido practicada por ninguna revista chilena de la índole de la suya, mereció el aplauso y la admiración de los S.S. asistentes, quienes acordaron manifestarle esos sentimientos en una comunicación especial, para que ella sirva de estímulo y reconocimiento a su laudable propósito.

Estaría de más extenderse en consideraciones generales sobre los fines y consecuencias de esa publicación, ya que el hecho de que el Señor Director la haya abordado y realizado, demuestra que comprende perfectamente su amplio significado.

Desearé también la Sociedad significarle su complacencia por la acertada elección de uno de nuestros más distinguidos naturalistas, el Hno. F. Ruiz P., para dirigir y redactar esas notas biológicas, que él como ninguno, podía escribir con más autoridad y competencia.

Restame pues solamente, expresarle la profunda satisfacción con que esta Sociedad ha recibido su original iniciativa, y agregar a las cordiales felicitaciones de todos los S.S., mis personales y efusivas congratulaciones y el deseo muy sentido de ver prosperar en forma creciente la publicación de su Revista y la ampliación de las páginas que dedica al conocimiento de nuestra flora y fauna nacionales.

Saluda atte. al Señor Director

Carlos Silva Figueroa
Carlos Silva Figueroa
Vice-Presidente

La Reina ~ de las Nieves

En aquel momento penetraba Gerda en el palacio, atravesando las puertas mientras soplabá un viento que mordía. Recitó la oración de la noche y cayó el viento como adormecido. La niña penetró en la sala despierta. Vió a Kay y lo reconoció en el acto; se arrojó a su cuello y lo estrechó en sus brazos, exclamando:

—¡Kay, pequeño Kay, por fin te he encontrado!

Pero él permaneció inmóvil, rígido y frío.

Entonces la pequeña Gerda empezó a derramar cálidas lágrimas. Cayeron sobre el pecho de Kay y llegaron hasta su corazón. Allí licuaron el pedazo de hielo y también fundieron el pedacito de cristal que contenía. Kay miró a la niña y ésta cantó:

*Niño Jesús, te saludamos en el valle
donde las rosas tejen sus coronas.*

Entonces Kay estalló en sollozos, y lloró tanto, que el pedacito de cristal se le cayó del ojo. Reconoció a la niña y, lleno de alegría, exclamó:

—¡Gerda, pequeña y querida Gerda! ¿Dónde has estado durante este largo tiempo pasado? ¿Y dónde he estado yo mismo? —Miró a su alrededor y observó:— ¡Oh, cuánto frío hace aquí! ¡Qué vacío y enorme es esto!

Gerda lo besó en la mejilla que adquirieron un color rosado; luego besó sus ojos, que brillaron como

los suyos propios; le besó las manos y los pies, y el niño se sintió ya fuerte y vigoroso. Podía venir, si quería, la Reina de las Nieves, porque la orden de libertad de Kay estaba escrita por brillantes letras de hielo.

Cogiéronse las manos y salieron del enorme palacio. Hablaban de la abuela y de las rosas del tejado. Por donde pasaban se aquietaba el viento y brillaba el sol a través de las nubes. Y al llegar a la mata cubierta de bayas rojas, encontraron al reno que los aguardaba en compañía de otro de su raza. Los niños bebieron la caliente leche y besaron al animal en la boca. Luego los dos renos llevaron a Kay y a Gerda, primero a la cabaña de la mujer finlandesa, en donde se calentaron y recibieron instrucciones acerca de su viaje de regreso. Luego partieron a la cabaña de la mujer lapona; ésta les había hecho unos trajes nuevos y les preparó su propio trineo. Los dos renos lo arrastraron hasta los límites del país. Allí pudieron ver ya algunos brotes verdes. Los niños se despidieron de los bondadosos renos y de la mujer lapona que los había acompañado en su viaje. Luego pudieron oír el canto de los pajarillos en el bosque. De pronto salió de ésta una riña montada en un hermoso caballo, que Gerda reconoció, porque era uno de los que tiraban del coche de oro. La amazona llevaba un gorro rojo y unas pistolas en el

cinto; era la pequeña ladrona, cansada ya de permanecer en su morada. Y se encaminaba al Norte, para ver si le gustaría, antes de visitar otra parte cualquiera del mundo. Reconoció a Gerda y ésta le vió con el mayor placer.

—Buen carretón eres —dijo a Kay.— Me gustaría saber si mereces que alguien sea capaz de ir al fin del mundo a buscarte.

Pero Gerda le acarició la mejilla y le preguntó por el príncipe y la princesa.

—Están viajando por países extranjeros, contestó la pequeña ladrona.

—¿Y el cuervo? —preguntó Gerda.

—¡Oh, el cuervo murió! —contestó la interpelada. Ahora cuéntame lo que te ha sucedido y cómo pudiste salvar a tu amiguito.

Gerda y luego Kay le hicieron un relato de sus aventuras.

—Bueno, por fin, todo ha acabado bien —observó la pequeña ladrona.

Estrechó la mano de los dos niños y les prometió que si alguna vez pasaba por la ciudad en que vivían, iría a hacerles una visita. Dicho eso continuó su viaje por el mundo...

Kay y Gerda prosiguieron su camino, cogidos de la mano y por donde pasaban veíanse rodeados por la deliciosa primavera y por las flores en plena lozanía. No tardaron ver a lo lejos la ciudad en que vivían, gracias a sus elevadas torres en que repicaban alegremente las campanas. Encamináronse en línea recta hacia la puerta de la casa de la abuela, subieron la escalera y entraron en su habitación. Todo estaba del mismo modo que an-



—Kay, pequeño Kay, por fin te he encontrado.

tes de su partida y el antiguo reloj marchaba en su rincón, en tanto que las saetas indicaban la hora. Al atravesar la puerta de la estancia, los dos niños pudieron darse cuenta de que habían crecido. Las rosas rodeaban el marco de las abiertas ventanias y al lado del arbusto pudieron ver sus dos sillitas. Kay y Gerda fueron a sentarse en ellas. Como en un sueño habían desaparecido de sus mentes toda la fría grandeza del palacio de la Reina de las Nieves. Y la abuela estaba sentada al buen sol de Dios, leyendo la Biblia.

“Mientras no seáis como los niños, no podréis entrar en el reino de los cielos”.

Kay y Gerda se miraron a los ojos y entonces comprendieron perfectamente el significado del himno:

Niño Jesús, te saludamos en el valle donde las rosas tejen sus coronas.

Y allí estaban sentados, ya crecidos, pero aun niños, con la infancia en el corazón; y corría el verano cálido y hermoso.

F I N

EL NIÑO MALO

Hubo en otro tiempo un anciano poeta y que, a pesar de todo, era un poeta bueno y honrado.

Una noche, mientras se hallaba apaciblemente en su casa se desencadenó una terrible tempestad; caía la lluvia a torrentes, pero el anciano poeta no sentía frío, sentado como estaba en un rincón, al lado de la estufa, en la que ardía alegremente el fuego y chirriaban las manzanas que había puesto a asar.

—Los desdichados que estén a la intemperie, con esta lluvia, no tendrán sobre su cuerpo ni un solo hilo de ropa seco —murmuró,— porque era hombre de sentimiento bondadoso.

—¡Hacedme el favor de abrid la puerta! ¡Tengo mucho frío y estoy calado hasta los huesos! —exclamó un niño desde fuera.

Y siguió llorando, sin dejar de llamar a la puerta, en tanto que diluviaba y el viento hacía estremecer las ventanas.

—¡Pobrecillo! —exclamó el anciano poeta, mientras se encaminaba a la puerta para abrirla.

Vió a un niño completamente desnudo, y con el rubio cabello empapado en agua. Tiritaba de frío de modo que si no lo hiciera entrar, seguramente habría muerto helado.

—¡Pobrecillo! —repitió el anciano poeta, cogiéndolo por la mano. —Entra y te calentarás. Beberás un poco de vino y comerás una manzana asada. Veo que eres un guapo muchacho.

Y realmente lo era. Tenía los ojos como brillantes estrellas y aunque estaba mojado, el cabello le col-

gaba en hermosos rizos. Parecía un ángel niño, pero el frío le había quitado el color y le temblaban todos los miembros. Llevaba un hermoso arco en la mano.

El anciano poeta sentóse al lado de la estufa y puso al niño sobre sus rodillas; le exprimió el agua que llevaba en los cabellos, y luego le ofreció un poco de vino caliente. Pronto se rehizo el niño y las rosas aparecieron, de nuevo, en sus mejillas; saltó al suelo y, alegre en extremo, empezó a bailar.

—¡Muy alegre eres! —exclamó el anciano.— ¡Cómo te llamas!

—Cupido —contestó el interpelado.— ¡No me conocéis! Este es mi arco y puedo aseguráros que sé manejarlo. Mirad, ya vuelve a hacer buen tiempo y la luna está brillando en el cielo.

—Pero tienes el arco estropeado —observó el dueño de la casa.

— Es una lástima —contestó el niño. Lo examinó cuidadosamente y añadió: —Pero ya está seco por completo. Seguirá funcionando bien y la cuerda no se ha estropeado en lo más mínimo. Mirad, voy a probarlo.

Encorvó el arco, puso una flecha en él, apuntó y clavó la saeta en el corazón del anciano.

—¡Veis cómo no se ha estropeado mi arco? —exclamó sonriente.

Y luego se alejó, riéndose a carcajadas. Era un niño muy malo, pues disparó contra el anciano poeta que con tanta bondad lo había tratado y que le dió vino caliente y la mejor de las manzanas que tenía puestas a asar.



El anciano estaba tendido en el suelo y lloraba, porque verdaderamente recibió el flechazo en pleno corazón y se decía:

—¡Qué malo es Cupido! Daré cuenta de eso a todos los niños, para que tengan cuidado y no jueguen nunca con él, porque sería capaz de hacerlos víctimas de alguna travesura.

Todos los niños y niñas buenas a quienes refirió su aventura, tuvieron el mayor cuidado de evitar al pequeño Cupido, pero él conseguía, al fin, engañarles, porque es muy astuto.

Cuando los escolares salen de su clase, él echa a correr a su lado, cubierto con una bota negra y llevando un libro debajo del brazo. Ellos no lo reconocen y lo cogen del brazo, tomándolo por un compañero, y entonces él se aprovecha para cla-

varles una flecha en el pecho.

Siempre es el mismo con todos. Siéntase en la gran araña, en el teatro, y produce una llama brillante y ardiente; la gente se imagina que aquello no es más que una lámpara, pero pronto sale de su engaño. Circula por los jardines reales y corre por las murallas. Ese Cupido es un niño muy malo. Procurad no tener nada que ver con él. Tarde o temprano consigue desviar a su víctima y aun vuestra pobrecita abuelita no pudo evitar su flechazo. Eso ocurrió hace mucho tiempo y los efectos de aquella herida han pasado ya, pero, de todos modos, es algo que nunca se olvida. ¡Qué malo es Cupido! Y ahora, que ya estáis enterado de su maldad tened mucho cuidado y precaveos.



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor descubre que no es hijo del menestral Galvén, sino el hijo del barón de Sagremor que fué asesinado y despojado de sus bienes por el señor de Faunas. Lindor va en busca del asesino, llevando en su corazón el recuerdo de la dulce Ellana. El mago Persides le asegura que para vencer a Faunas debe conquistar dos talismanes mágicos: el guantelete de hierro y la espada que custodian unos monstruos en el Bosque del Peligro. Lindor es encerrado en un sótano por el escudero de Faunas. Pero el joven toca su viola y ve caer del techo una lima milagrosa.

CAPITULO VII



1.— Lindor dejó de tocar y recogió al punto la lima misteriosa. Apoyándose en las juntas del muro de piedra, alcanzó los barrotes del ventanillo y empezó a limarlos uno a uno. Pronto pudo salir y echó a andar por el camino.

2.— Caminó, caminó, hasta llegar sin contratiempo a una granja donde sus pacíficos y laboriosos moradores lo recibieron cordialmente. Lindor les brindó sus canciones y melodías y ellos le brindaron con una buena cena y albergue.



3.— Mientras tanto el astrólogo Fariano había ido a ver a las brujas y después de repartirles el oro les explicó el asunto que lo llevaba por allí. La bruja mayor se acercó a un perro y le dijo: —Garrudo, vete a encontrar a Lindor.

4.— El perro partió como una flecha y al cabo de media hora volvió. Se puso a latir y la bruja mayor explicó que Garrudo había hallado vacío el sótano, pero que luego había descubierto a Lindor en una granja. —Es nuestro, dijo la bruja.

Menestral



5.— A la mañana siguiente, después de una excelente noche de descanso el joven Lindor despertó con nuevos bríos para seguir su camino en busca del Bosque del Peligro. Se despidió de los buenos granjeros y éstos le prepararon un bolsón con víveres. —¡Nunca me olvidaré de vuestra acogida! dijo Lindor. Y se fué.



6.— La campiña parecía desierta y el joven menestral caminaba tarareando una de sus canciones favoritas. De pronto llegó a un huerto lleno de matas de flores y de árboles frutales. Una hortelana lo invitó a entrar. —Necesito llenar estos canastos, le dijo, y usted puede ayudarme joven, si fuera tan amable.



7.— Con mucho gusto, respondió Lindor, que era un joven muy cortés. Entró con la hortelana en el huerto y buscando un manzano cargado de hermosos frutos, la mujer le dijo. —Suba usted y coja manzanas hasta llenar la canasta. Lindor subió a las ramas y en pocos momentos llenó las dos pequeñas canastas.



8.— Ahora que ya se llenaron las canastas, coja manzanas para usted! le gritó desde abajo la hortelana. Lindor no se hizo de rogar; empezó a buscar con la vista la manzana más grande y roja, sin ver que la hortelana se inclinaba para apoderarse de la viola. Pero el instrumento se convirtió en una serpiente...

(Continuará)



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Los niños Damián y Paulina huyen de su casa al saber que son huérfanos y que han sido recogidos por quienes ellos creían que eran sus padres. Por el camino encuentran a un moribundo que les confía una chaqueta que oculta una pequeña fortuna en sus forros. Dos maleantes quieren despojarlos de aquella valiosa chaqueta, pero interviene el hacendado don Sergio Vilella y se los lleva en su automóvil a Santiago. Los niños van en busca de la hija del muerto para entregarle la chaqueta, pero saben que ha muerto y que su hijo Gastón de diez y nueve años está trabajando en las minas de Lota. Vuelven a casa de don Sergio y éste los interroga. Paulina confiesa llorando que han huido de su casa. Don Sergio estima que han procedido mal.

CAPITULO VII

Nuevas penurias

Paulina y Damián se asustaron al oír las palabras de don Sergio, temiendo que éste los devolviera a la cabaña del pescador en Navidad. Don Sergio había oído muy emocionado la historia de los dos huérfanos y dijo:

—Creo que ustedes no pensaron bien en lo que hacían al escaparse de casa. Vuestros padres adoptivos deben estar desesperados, buscándolos por todas partes.

—Pero señor, protestó tímidamente Damián, su intención era alejarnos de la casa para ponernos en manos extrañas...

—Eso no es una razón, amiguito, para hacer lo que hicieron. Vayan

a almorzar. Ya veré lo que decido hacer con ustedes.

Damián y Paulina se miraron aterrados. Parecían decirse mutuamente con los ojos: “¡Se acabó la dicha; no podía durar mucho tiempo!”

Muy triste fué el almuerzo de aquel día. Doña Ana no ocultó su pensamiento y declaró con franqueza:

—Hay que avisar a esas buenas gentes de Navidad que deben estar desconsolados.

En la tarde, don Sergio llamó a los niños y les leyó una carta que había escrito al pescador Francisco Galleguillo. La carta decía así:

“Señor Galleguillo: Una casualidad muy grande me hizo encontrar a Paulina y a Damián y me apresuro a darle esta noticia para que se tranquilice. Están bien de salud aunque han pasado por muchas desventuras. Como soy un hombre de fortuna, estoy dispuesto a protegerlos, si es que Ud. no tiene inconveniente. En este caso, como mis ocupaciones me obligan a ir por esos lados, llevaré a los niños en mi automóvil a Navidad en día que usted desee. Me despido atentamente de usted. SERGIO VILLELLA”.

En vano Damián y Paulina trataron de obtener de don Sergio que no enviara esa carta. El caballero les respondió:

—No, amiguitos. Si no avisara a esas buenas gentes, me convertiría en cómplice de vuestra escapada. En este instante tal vez me encuentren ustedes demasiado severo y hasta cruel; pero más tarde, cuando tengan ustedes experiencia de la vida, pensarán que yo he tenido razón al obrar como obro y que sólo pienso en el bien de ustedes.

—Nosotros quisiéramos quedarnos en Santiago hasta saber noticias de Gastón Barrientos...

Pueden esperar hasta que llegue la carta contestación de Gastón Barrientos.

—¿Demorará mucho?

—Unos cuantos días. Lota está muy lejos. La carta tiene que ir a Concepción, a Coronel y de ahí a Lota. Total, unos cuantos días...

Don Sergio despidió afablemente a los niños, aconsejándolos que esperasen tranquilos los acontecimientos.

Damián y Paulina pidieron permiso para salir a dar una vuelta por la Alameda, permiso que les fué concedido. Poco después llegaban al paseo, se sentaban en un banco y se comunicaban sus ideas.

—¿Qué irá a pasar cuando mamá Catalina sepa de nosotros?

—Seguramente que pedirá que nos lleven a Navidad; ella era buena y nos quería...

—Pero papá Francisco nos entregará al señor Cura y éste, sin duda, nos colocará en algún asilo de huérfanos... Porque él no podrá conservarnos a su lado...

—¿Qué debemos hacer?

Los dos niños estaban perplejos, sin saber qué actitud adoptar.

—Creo que lo mejor es esperar, concluyó Paulina.

Y con esta resolución, después de



Doña Ana fué a ver a los niños antes de acostarse.

pasear un poco rato por la Alameda, volvieron a casa a la hora de comer.

Tres días transcurrieron de este modo. Después de la hora de comer del tercer día, los niños se fueron como de costumbre a su cuarto. Pero no se quedaron dormidos como otras noches. Y cuando doña Ana fué a verlos como tenía por costumbre hacerlo para saber si necesitaban algo, los halló despiertos.

—¡Vamos, niños, hay que dormir! Apostaría que están pensando en las cartas que deben llegar. ¡Ya llegarán, ya llegarán, no se preocupen niños!

Doña Ana los tapó bien con los cobertores y se marchó creyendo haber tranquilizado el espíritu de los dos huerfanitos. Pero apenas se hallaron solos, los dos hermanos se sentaron en sus respectivos lechos y hablaron en voz baja:

¿A qué hora nos iremos? preguntó Damián.

—Después que pase la medianoche.

—Entonces pongamos el despertador a la una.

Así lo hicieron. En seguida apoyaron la cabeza en la almohada y se quedaron dormidos.

Damián y Paulina, durante uno de sus paseos que hacían por la Alameda de las Delicias que estaba sólo a cuatro cuadras de distancia de la casa de don Sergio Villela, habían convenido por fin en no aguardar la llegada de las cartas. Estaban seguros de que serían llevados nuevamente a casa de papá Francisco y por nada del mundo querían volverlo a ver ni sentir sus crueles palabras que tanto daño habían hecho en sus corazoncitos. Y resolvieron fugarse esa noche. Tratarían de ir a Concepción, aunque en realidad no se daban bien cuenta de la lejana región en que se hallaba dicha ciudad. Desde allí, siguiendo el itinerario formulado por don Sergio cuando habló del recorrido de la carta, pasarían a Coronel y llegarían por fin a Lota donde entregarían el sagrado depósito que les había confiado el moribundo del camino solitario.

Pensando en todas estas cosas los dos huerfanitos se quedaron dormidos y dormían profundamente cuando sonó la campanilla del pequeño reloj despertador a la una de la madrugada. Los niños no despertaron; sus juveniles organismos necesitaban reposo y más reposo; el sueño los había vencido y no pudieron oír la campanilla del reloj. Pero el subconsciente trabajaba activamente en sus espíritus. Como a eso de las cuatro de la mañana, cuando las sombras de la noche empezaban a desvanecerse en la azul claridad de la alborada, Damián despertó.

El niño no quiso encender la luz eléctrica que habría esparcido una luz demasiado visible; se contentó con encender una vela que había dejado preparada durante la noche. Se vistió rápidamente y en puntillas fué a despertar a su hermana que dormía en la otra cama. Paulina abrió los ojos y su mirada se posó instintivamente en el pequeño reloj despertador que estaba en el velador.

—¡Van a ser las cuatro de la madrugada! exclamó sorprendida.

—Sí, parece que nos quedamos dormidos, dijo Damián.

—No importa; de todos modos debemos fugarnos ahora. ¿Tienes la llave de la puerta falsa?

—Sí, anoche la saqué del llavero que está colgado en la pieza del chofer. No sé si se habrá dado cuenta...

—¿Y el perro? ¿No ladrará?

—No; anoche le puse un bozal.

Paulina iba a vestirse cuando se le ocurrió una cosa:

—Damián; no debemos llevar los trajes que don Sergio nos compró. Dejémoslos aquí y vistámonos con nuestros antiguos trajes.

Damián accedió. En pocos instantes se quitó el elegante traje que se había puesto y se puso el antiguo. Ambos hermanos dejaron los trajes nuevos ordenadamente doblados sobre la cama.

—Salgamos, susurró Damián.

Abrieron la puerta del pasillo y alumbrándose con la vela, alrededor de cuya llama Paulina hizo una pantalla con el hueco de su mano, siguieron en puntillas hasta el vestíbulo. Allí estaba la puerta del escritorio de don Sergio.

—Entremos para escribir unas líneas a don Sergio, susurró Da

mián al oído de Paulina.

Con grandes precauciones abrieron la puerta y entraron. Se acercaron al escritorio y un poco sorprendidos se fijaron en que unos cajones estaban completamente abiertos y otros estaban a medio cerrar.

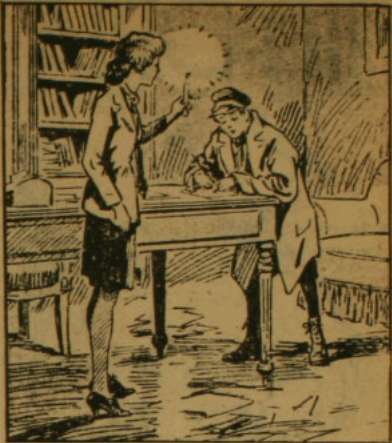
—¡Olvidó cerrar los cajones! murmuró Paulina.

Damián no tenía tiempo para preocuparse de aquellos detalles y se puso a escribir a la luz de la vela que su hermana sostenía en su mano. Las breves líneas decían así:

“Don Sergio: Nos vamos. Le rogamos que nos perdone; bien sabe Ud. que somos unos pobres huérfanos abandonados, pero que deseamos ganarnos el pan con nuestro trabajo sin ser una carga para nadie. Nunca olvidaremos sus bondades y le rogamos que tenga compasión de nosotros por lo que nos vemos obligados a hacer esta noche. Que Dios bendiga a Ud. y a su buena esposa.— *Damián y Paulina.*”

Dejaron el papel bien a la vista sobre la mesa-escritorio y salieron otra vez al pasillo por donde se dirigieron al patio. Paulina apagó la vela y Damián se acercó al sitio donde estaba amarrado Betún; lo soltó y el perro, dando muestras de una extraña inquietud, trató de dirigirse al pasillo. Damián lo sujetó con toda su fuerza. Pero el perro empezó a gemir ya que no podía ladrar por causa del bozal y a toda costa quería volver al sitio que los niños habían abandonado.

A la fuerza lo llevó a la pequeña puerta de la servidumbre que daba hacia la calle del costado y por donde iban a salir a la calle. Sigilosamente Damián metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Salie-



Mientras Paulina alumbraba con la vela Damián escribía...

ron y cerraron otra vez la puerta presionándola lo suficiente para que funcionara por dentro el pica-
porte automático y nadie pudiera abrirla desde fuera. En seguida, echaron a caminar hacia la Avenida España, la calle siguiente a la de República, caminando hacia el poniente.

Pero ninguno de los dos se fijó en un hombre que, oculto detrás del grueso tronco de un árbol, parecía estar al acecho. Al ver a los niños cuando éstos pasaban junto a un poste eléctrico del alumbrado público, el hombre hizo un gesto de asombro y murmuró:

—¡Los chiquillos! ¡Esto sí que no lo esperaba yo! ¿Qué hago? Si entro a avisarle al ché Desiderio, puedo perder de vista a esos chiquillos. Mejor es que los siga para saber a dónde van; después me comunicaré por teléfono con el ché Desiderio...

Y, en seguida, echó a andar detrás de los dos huérfanos fugitivos...

(Continuará)

HISTORIA GRÁFICA



33.— A medida que se difundía la noticia de la muerte de don Pedro de Valdivia, los colonos españoles se llenaban de consternación. Les parecía increíble que un capitán tan valiente y de tanto talento, hubiese sido derrotado por los araucanos.



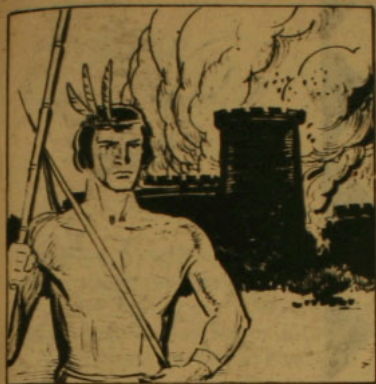
34.— Convencidos al fin del tremendo desastre, se abrió el testamento del ilustre capitán para elegir un sucesor y hallaron que designaba por orden de jerarquía a Jerónimo de Alderete, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán, sucesivamente.



35.— Como los primeros se hallaban ausentes, el nombramiento recayó sobre Francisco de Villagrán. Inmediatamente salió en busca del terrible Lautaro, lo encontró en Marihueñu y se trabó el combate. Villagrán fué derrotado por completo.



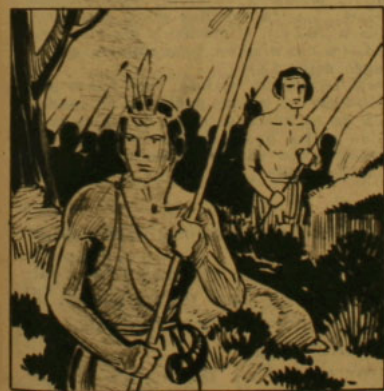
36.— El gran toqui araucano no perdió tiempo en celebrar el triunfo y siguió detrás de los vencidos para destruir a Concepción. La heroica mujer española, doña Mencía de Nidos abogó para que se defendiera la ciudad. Pero nadie quiso escucharla.



37.— Mientras los colonos huían, unos a Valparaíso y otros a Santiago, el infatigable Lautaro destruía uno por uno los fuertes que la pericia y la energía de don Pedro de Valdivia habían construido. Y en seguida se dispuso a marchar contra Santiago.



38.— La situación de la naciente colonia era angustiosa. Lautaro amenazaba destruirla totalmente y sólo un milagro podía salvarla. El milagro se produjo. Una epidemia de peste se introdujo entre los araucanos y diezmo el poderoso ejército de Lautaro.



39.— En estas circunstancias, Lautaro es cogió a 600 de sus más esforzados guerreros y avanzó audazmente hacia Santiago. Se atrincheró en Peteroa y allí rechazó un violento ataque encabezado por Pedro de Villagrán, primo del gobernador enfermo.



40.— Comprendiendo el gobernador que la fuerza nada podía contra el gran toqui araucano, recurrió a la astucia y aprovechando la traición de unos indios que odiaban a Lautaro, sorprendió a éste en su campamento, cerca de las serranías de Caune.

Moda Femenina

Pañuelos para niñas

Encantadores pañuelos que son ideales para carteras o bolsillos de las pequeñas, por los motivos que los adornan.

Están interpretados en organdí de hilo en colores blanco, rosa, celeste, amarillo o verde y bordado con dos hebras de hilo de bordar o de seda del mismo color, en punto tallo para las líneas finas, y en punto pasado, matizado, para las flores y hojas.

Las orillas de cada pañuelo se terminan con un pequeño dobladillo, hecho al crochet, con medios puntos, y una hilera de ojálitos.

Ejecución de los puntos: Tallo. Se introduce la aguja en la tela, debajo de tres o cuatro hilos horizontales y debajo de seis hilos verticales, de manera que el último punto adelante siempre la mitad del primero.

Pasado matizado: Siguiendo los perfiles del dibujo, se dan puntadas largas, desiguales, dirigiéndolas hacia el centro de éste.

Para formar los dobladillos: Primeramente se sacan a distancia de cinco hilos de la orilla, dos hilos; hecho esto, se comienza a tejer el medio punto que se realiza así: atar la hebra del hilo en uno de los ángulos del pañuelo, luego se pasa el crochet a través del deshiliado; queda así formado un ojálito sobre el crochet (X), nuevamente pasar el crochet a través del deshiliado, dejando cua-

tro hilos de distancia de la primera, tomar el hilo y pasarlo a través del deshiliado nuevamente; hay dos ojálitos sobre el crochet, tomar el hilo con el crochet y pasarlo a través de los dos ojálitos. Tejer siempre así, repitiendo desde (X).

Para formar los ojálitos, tejer cinco puntos cadena, un medio punto en el segundo punto de la hilera anterior, 5 puntos cadena, un medio punto en los dos puntos siguientes, y así sucesivamente hasta terminar el dobladillo.

RECETAS

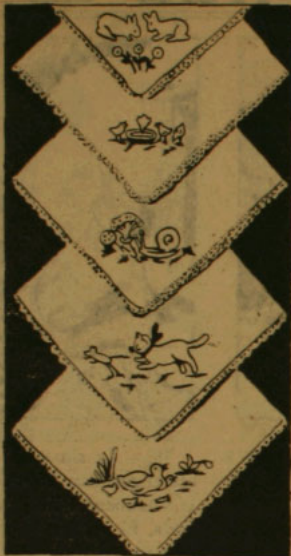
Relleno de quesos para sandwiches.

Pasar por el cedazo 120 grs. de queso "cheddar", agregar una cucharada de vinagre y la cucharadita de mostaza mezclada. Usando un tenedor mezclar esto con la suficiente leche en tarro como para formar una pasta homogénea.

Sandwichs de higo y almendras

1/8 kilo higos en conserva, 1 cucharadita de jugo de naranjas, 30 grs. almendras dulces molidas, pan y mantequilla.

Cortar varias rebanadas delgadas de pan y enmantequillarlas. Picar los higos finitos. Agregar las almendras molidas y jugo de naranjas. Mezclar bien. Extender sobre las rebanadas de pan y formar sandwichs. Cortarlos en triángulos.





CAPITULO VII

Jasón invulnerable

Las órdenes regias imponen al pueblo constante vigilancia de las márgenes del Fasis, para impedir que ni uno solo de los argonautas pueda internarse en la comarca.

Medea ignora las determinaciones tomadas por su padre, y a veces, se figura que el capitán de la nave griega, no ha venido a la Cólquide únicamente por el vellocino de oro, ni que para conseguirlo acepta un combate trágico, sino que aspira a hacerla su esposa. Le ve tomar el arado y domar los toros, pero Etas niégase a cumplir su promesa y entáblase una lucha a muerte entre el nauta y el rey, exigiendo el Destino que sea la princesa árbitro de la lucha. Decide Medea en favor del extranjero y huye, cobijándose bajo la protección de los argonautas en su nave.

Despiértase de pronto y comprende que todo ha sido un sueño, mas aún retumba en sus oídos el grito de su padre que la horroriza.

Pretende convencerse que ayudará a Jasón, solo porque vienen los hijos de Calciopa con él.

Va a la estancia de su hermana, pero antes de hablar con ella, la viuda de Frixo solicita su ayuda en favor de los argonautas, y Medea acepta el protegerles.

—¿Podrás inventar algún ardid

—le dice Calciopa—, que ponga a cubierto al capitán y a su nave de los designios de nuestro padre? La vida de Jasón está ligada a la de mis hijos.

—No hay sacrificio que no sea capaz de hacer por ellos —responde la hechicera—, pero, es forzoso, que mi intervención permanezca oculta. A la hora del alba, iré al templo de Hécate, y llevaré las hierbas necesarias para preparar el ungüento mágico que desarmará a los toros.

El silencio y la obscuridad reinan por todas partes y Medea aprovechándose de las densas sombras, trata primeramente de preparar un filtro que amanse a los toros, mas ve que nada obtiene, y entonces se desploma murmurando:

—No sé ¡oh diosa! si me será posible salvar a ese doncel, o tendré que dejarle morir. Tal vez ésto fuera lo mejor, y que perezca el jefe lejos de los argonautas, pero... ¿qué digo?

Se prepara y se marcha al templo de Hécate. Antes de salir, escoltada por sus doncellas, rebusca en sus arcas hallando el hechizo que colma sus deseos.

Saca una raíz semejante a carne, unida a una flor amarillenta, que destila jugo negruzco. Brotó la flor en las pendientes del Cáucaso. La princesa debe preparar en una concha marina la unción que hará invisible al capitán, cogida por ella

misma en las márgenes del mar Caspio. Corta la raíz, se envuelve para hacerlo en negrísimo manto e invocando siete veces a Brimona, la diosa errante. Entonces, la tierra rugió. Pero Medea impávida, hace el conjuro. Guarda la unción en cristalina redoma y escondiéndola entre los pliegues de su ropaje, se dirige al templo.

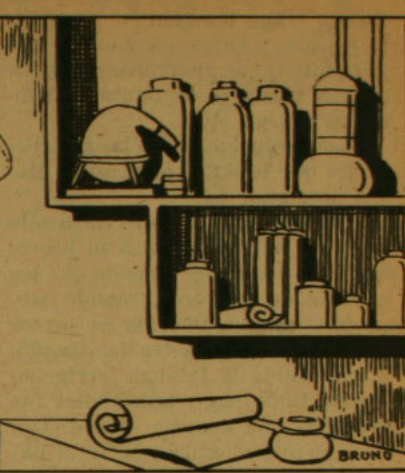
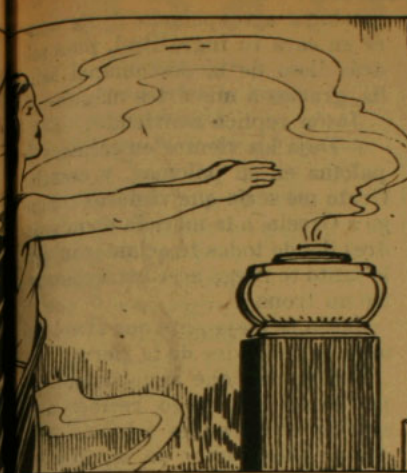
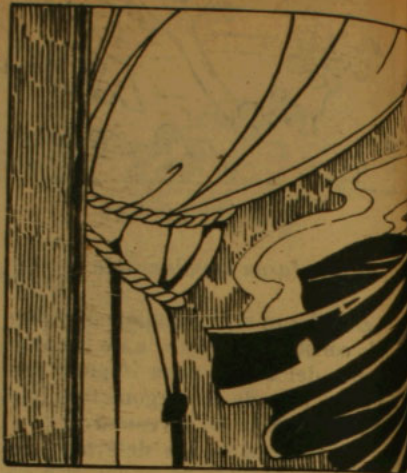
Al llegar frente al atrio, ordena a sus doncellas que la acompañan, el mayor secreto sobre todo lo que han de ver, y así dice:

—Calciopa me acosa para que con mi magia salve al caudillo de los argonautas, y estad seguras de que si lo consigo, ha de haber innumerables regalos para vosotras, mas si me descubris, perderéis la honra y provecho, porque el rey os mandará a la muerte. Quedaos afuera en el pórtico, y cuando veáis que el capitán se acerca, dejadle pasar, e impedid que nos interrumpan. El me trae ricos presentes que compartiré con vosotras, condescendiendo a los deseos de mi hermana, voy a proporcionarle el ungüento que le hará invulnerable a los toros de pies de bronce.

Jasón ha recibido aviso de que en el templo de Hécate le aguarda la princesa Medea y hacia allí se dirige, acompañado sólo de Mopso, el agorero, y de Argos, el hijo de Frixo que le siguen a corta distancia.

La fachada del templo da a una plaza, y en ésta hay un álamo de frondosa copa, en la que anidan centenares de cornejas. Una de estas aves simbólicas de Juno, empieza a grasnar, y Mopso, conocedor del lenguaje de los pájaros, traduce el graznido así:

—Mengüados son los que requiebran a las doncellas. Idos curiosos.



Si a ti, propicia caudillo, acuerdate de Medea que no te olvida.

Sonríe Mopso, sin comunicar a nadie lo que oyera, mas advierte a Jasón:

Entrad cuanto antes en el templo y no empleéis palabras inútiles; la sacerdotisa os aguarda y tened presente que el triunfo se deberá a la intervención de Venus. Desde aquí os guardaremos las espaldas, y quiera la diosa de la hermosura que obtengáis la protección que necesitamos.

Hacia más de una hora que aguardaba Medea, cuando aparece el capitán y a su vista queda perpleja. También Jasón permanece mudo algunos instantes, mas recordándose, se expresa de esta manera:

—¿Por qué guardas silencio, hermosa doncella? No vengo con engaños, pues una mentira en este templo, sería imperdonable sacrilegio. Vengo, sí, a implorar tu auxilio, para que protegiéndome, facilites la terrible misión que se me

ha confiado y que no podré realizar sin tu ayuda. La princesa Calciopa prometió que me entregarías un filtro mágico; mírame a tus plantas, dámelo, y mi gratitud será inmensa. Los argonautas que me acompañan esparcirán tu fama por todo el orbe, y las madres esposas te bendecirán eternamente.

Tras una pausa, prosiguió Jasón:

—Permíteme, ¡oh princesa! que traiga a tu memoria las aventuras del semi-dios Teseo; a él le salvó otra princesa de gravísimos trance. Llamábase ésta Ariadna, era hija de Minos, acompañó al héroe en su velera nave, y ahora desde el cielo alumbra nuestra ruta. Si tú haces lo mismo por mí, tu estrella brillará en lo alto del firmamento, junto a la misma luna.

Conmuévase Medea al oír rogar en tales términos, y sonríe; pero no pudiendo pronunciar palabras por la emoción que le embarga, saca la

redoma mágica, y la entrega al capitán, a tiempo que dice:

—Voy a enseñarte la manera de usar el hechizo. Cuando te entregue el rey los dientes del dragón, aguarda a que llegue a la mitad de la noche, corre al río, báñate, y luego de enjugarte, cúbrete con una veste que sea completamente negra. Más tarde, lejos de todos, tu solo cava un pozo en cuyo interior pondrás una cordera que habrás sacrificado, y encima de la res coloca ramas secas para quemarla, haciendo antes una libación de miel. Aunque oigas a tu espalda ladridos de perros, o pasos, no hagas caso, no vuelvas el rostro. Al amanecer disuelve en el agua que forme un líquido aceitoso, el ungüento que te entrego. Ungete con este bálsamo desde la raíz del cabello hasta la planta de los pies y desde ese instante serás invulnerable, pudiendo combatir venciendo, no sólo contra tus iguales, sino contra los mismos

dioses. Unge también tu escudo y tu espada, y verás que cuando surja la falange de guerreros gigantes, cos sus lanzas se despuntarán contra tu adarga.

Jasón escucha atento las instrucciones que le da la princesa y Medea prosigue:

—El poder del hechizo dura sólo un día y una noche, mas su brevedad no te preocupe. Vencida que sea la furia de los toros, cuando esté arado el campo, abiertos los surcos y sembrados los dientes del dragón, cuando surja la falange terrígena, levanta tu ánimo, y lanza entre tus enemigos una enorme piedra. Los terrígenas combatirán entre sí para disputársela; tú déjalos que se destrocen. Por último, desenvaina tu espada, acomételos denonadamente, y exterminálos luego con la punta de tu lanza. Cuando seas dueño del campo, lo serás a la vez del vellocino de oro, podrás transportarlo a Grecia, tu patria.

Al terminar de decir estas palabras, Medea se queda muy triste, pues ya ve a Jasón navegando por remotos mares, mientras ella deshoja azucenas y amapolas en el templo de Hécate.

—Si la fortuna te es propicia, caudillo, al regresar victorioso... acuérdate de Medea, yo no he de olvidarte.

Jasón responde:

—Te juro, princesa, que tu recuerdo no se borrará de mi memoria, y si consigo triunfar en esta lucha, no he de demostrarme ingrato.

—Quizás en Grecia valgan las palabras tanto como los juramentos, mas si me olvidas, deseo que el Hado me avise con una paloma mensajera, y una ráfaga de vendabal, me arrebate por los aires lle-

vándome a tu palacio donde echaré en cara tu ingratitud, pues saldrás ileso de la descomunal batalla, gracias a mis artes mágicas.

Jasón replica sonriendo:

—Deja los vientos en calma, y la paloma en su palomar, y escucha. Grato me sería que vinieras conmigo a Grecia, a la morada de mis padres donde todos te aclamarán, por lo tanto te ruego accedas a compar-tir mi trono.

Jasón se aleja ante que el sol ilumine la redondez de la tierra.

Los nautas que aguardaban impacientes en el Argo, reciben a su capitán con grandes aclamaciones; dos de ellos parten en seguida hacia el regio alcázar, para pedir al rey los dientes del dragón que ha de sembrar su caudillo, y Jasón queriendo tranquilizar a sus compañeros sobre el resultado de la empresa, les enseña la redoma de cristal que le entregó la hechicera princesa.

Han sido escogidos como emisarios: Telamón, espejo de guerreros, y Estálides, modelo de elocuencia, que cuenta entre sus ascendientes al dios Mercurio.

Los nautas pasan el día reclusos en su nave, y cuando la noche lo envuelve todo en su manto, Jasón solo, se dirige a un prado donde Argos, hijo de Frixo, había llevado de antemano la oveja escogida para el sacrificio, la miel y la leche, sumerge el capitán su cuerpo en el río, pónese la veste que le regaló Hipsípila en Lemnos, excava un hoyo al que da la hondura precisa, degüella la oveja, hacina la leña en el fondo y prende fuego. En seguida modula las preces rituales, e invita a la terrible Hécate.

(Continuará)

PASATIEMPOS

Adivinanzas

1.— Si lo aciertas te regalo
al punto una golosina
Pues, qué es, di, lo que no se nom-
(bre
sin que se rompa en seguida.

2.— En el aire hay un papel,
lo sostiene el aire puro
en el suelo hay dos pies
que por él está seguro.

Charada

Prima segunda, bebida; tercera
cuarta, planeta; mi todo apellido

2.— Prima segunda, para defen-
sa; segunda repetida, miembro de
familia; segunda tercia, nombre
masculino; tercia, se arrastra por
a tierra. Mi todo un mueble.



Charada ilustrada, por Sin Nombre.



Jeroglífico, por Arpe

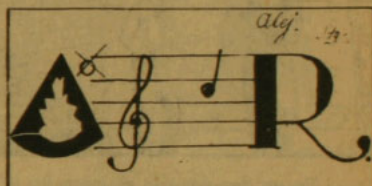
Solución a entretenimientos del N.º 6

Adivinanzas.—1) La pasa; 2) La Torre.

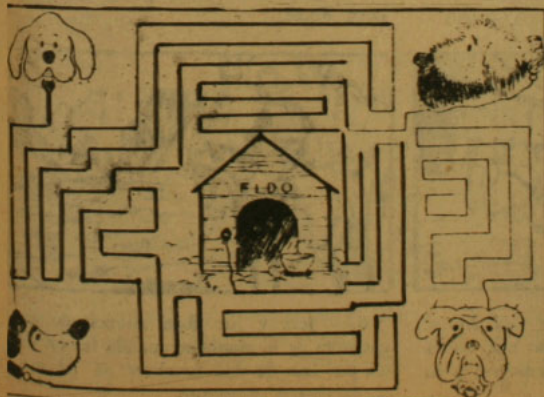
Charadas.— 1) Aracena.

Logogrifo numérico.— Antílope.

Jeroglífico, por Cheche.— Sas-
tre.



Jeroglífico, por Alej.

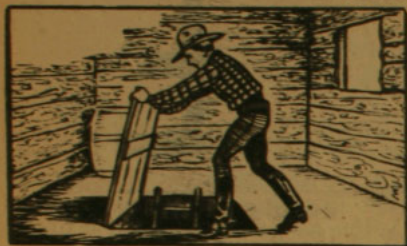


¿DE QUE PERRO ES
'LA CASILLA?

En cada rincón de
este laberinto hay un
perro. Se trata de sa-
ber a cuál de los pe-
rros está ligada la ca-
silla. El niño que
acierta a la primera
vez será el ganador.

¿QUIEN RAPTO

CAPITULO VII



1.— Apenas se alejaron los tres jinetes, Warren se metió por la ventana trasera y no le costó mucho dar con la trampa del sótano.



2.— En un rincón de la habitación subterránea descubrió a Jim amordazado y amarrado.— Supuse que estabas aquí, dije Jeff.



3.— En un dos por tres el jovencito se alló libre de sus amarras y de la mordaza.— Oí decir a *Sonnes* donde tienen preso a mi papá, dijo.



4.— Y en cuanto subieron al aposento superior, el niño terminó su declaración. Sí, Jeff, oí decir que papá estaba en *Roberts Roost*.



5.— Salieron de la cabaña y Jeff dijo al niño: —Bien, Jim; ya iré a dar una vuelta por allá. Pero antes debo conducirte a tu casita.



6.— Jeff y Jim iban atravesando una garganta de la montaña, cuando fueron vistos por uno de los hombres de *Johnson*. —¡Escaparon! murmuró.

HENSON?



7.— Era Soames en persona y revolviendo su caballo partió a la carrera para dar cuenta a Johnson de lo que había visto cerca de allí.



8.— ¡Hay que impedir que vuelvan al rancho Doble V! gritó Johnson. —Arrea el ganado hacia el desfiladero, Soames! ordenó el capataz.



9.— Jeff y Jim iban caminando tranquilamente, cuando de pronto sintieron retremblar la tierra tras ellos. Volvieron la cabeza inquietos.



10.— Al ver que se le iba encima una furiosa manada de novillos, echaron a correr para ver si podían salir a tiempo del desfiladero.



11.— Quiso la mala fortuna que el caballo tropezase y ambos jinetes cayeron abrazados en tierra, mientras la manada corría hacia ellos.



12.— Jeff se incorporó, mientras Jim permanecía aturdido. ¿Qué hacer para impedir que la manada los aplastara? ¡No había escapatoria!

(Continuará)



EL TESORO LEJANO

RECUERDE: Santiago Merande se asocia con su tío Juan Salvere y con antiguo compañero de colegio, Gabriel Montrose, para ir en busca de un tesoro enterrado en cierta región del Africa. Se embarcan en una lancha indígena y siguen el curso del río Níger. Obligados a desembarcar, son atacados por los terribles tuareg. Pero salen vencedores. Uno de los prisioneros, salvado por Juan Salvere desea servir a los blancos. El negro Zamba desconfía, pero don Juan Salvere decide aceptar al prisionero como servidor.

CAPITULO V

El Secreto Póstumo

Los negros sudaneses se entregaron al trabajo para reparar la avería de la barca, encabezados por el diligente Zamba. Aquella noche de luna hubiese sido exquisita, sin los gritos de los chacales y de las hienas y sin las nubes de mosquitos que zumbaban alrededor del fuego, amén de las bandadas de murciélagos que rondaban con sus sombras repugnantes. Santiago Merande, sentado junto al fuego, con la mirada perdida en el vacío, pensaba en Clara. ¿Qué haría a esas horas en la dulce Francia? ¿Pensaría también en él?

Don Juan Salvere pensaba en el destino de los hombres. No era optimista ni pesimista, sabiendo que el bien y el mal existen sólo porque el hombre existe y porque el Crea-

dor de todas las cosas permite que así sea en su plan divino tan inaccesible al pobre conocimiento humano.

Por su parte, el deportivo Montrose, gozaba plenamente el minuto presente, sin pensar en el pasado, pareciéndole que aquella vida de grandes soledades, rodeada de peligros era la vida más bella y normal.

—Barca estar buena, vino a decir Zamba.

Los tres europeos se miraron. Montrose dijo:

—¿Para qué nos vamos todavía? ¡La noche está tan linda y los peligros han desaparecido...!

—Creo, replicó don Juan Salvere, que los tuaregs no se atreverán a volver, ni siquiera con refuerzos; pero hay que ser precavidos. No debemos comprometer, por descuido, la suerte de la expedición.

La opinión del hombre de ciencia prevaleció. Decidieron embarcarse en la lancha. Pero antes, Santiago Merande dijo:

—No podemos llevar con nosotros a los prisioneros tuaregs.

Los prisioneros comparecieron otra vez ante los blancos y Zamba se encargó de decirles que los "francis" los dejaban en libertad. Los tuaregs no querían creer lo que Zamba les decía y miraban asombrados y con ojos interrogadores a don Juan Salvere a quien consideraban el jefe. Este les hizo una se-

cial afirmativa con la cabeza y con una mano les indicó el camino por donde habían huído los demás tuaregs derrotados.

Los tuaregs no se hicieron repetir la orden y echaron a correr en pos de la libertad que nunca habían creído volver a tener. Zamba fué a traer en seguida a Wayo, el sudanés traidor.

—Wayo muy malo, no venir en barca, ir con tuareg, declaró el fiel Zamba.

—Creo que tiene razón, dijo Santiago Merande. Ese indígena traidor debe irse con sus amigos tuaregs. ¡Echalo tú, Zamba!

Zamba no se hizo de rogar. Puso a Wayo frente a él, en seguida lo hizo dar media vuelta y le largó un soberano puntapié en la rabadilla. Wayo se alejó corriendo, feliz de haber salido tan bien de aquel lío en que se había metido.

—Este Zamba es impagable, exclamó riendo Gabriel Montrose.

Minutos más tarde, la barca navegaba sobre las ondas del Níger, que palpitaba como el corazón enorme de aquellas tierras salvajes. La luz de la luna tejía fantásticos encajes en las orillas del río. Y la vida seguía su curso, gigante con el elefante, el león, y el hipopótamo; furtiva y leve con los pájaros nocturnos; microscópica con los insectos del aire, del agua y de la tierra.

El horizonte fué cambiando, aparecieron nuevas tierras y los viajeros se pusieron a pensar en ese Tombuetú enigmático desde donde debían partir para la gran aventura en el corazón del Sudán.

Quince días más tarde, después de haber desembarcado, siguiendo viaje en caravana, los viajeros llegaron a la vista de Tombuetú. La

ciudad surgía de pronto como una de esas ciudades de las Mil y una Noches que los magos hacen aparecer en medio de un desierto. Las casas eran bajas y en forma de cubos.

La caravana, en caballos y camellos, entró en la ciudad y fué a detenerse en un mercado. Era una plaza bastante grande, donde mujeres negras o achocolatadas vendían frutas y legumbres. Aquel mercado evocaba una escena de las primeras civilizaciones en Egipto o en Mesopotamia. Zamba se detuvo frente a una casa de paredes hechas con gruesos adobes y con una puerta de madera muy gruesa, revestida de planchas de fierro.

—¡Aquí musiú Pricam! dijo.

El señor Pricam era el comerciante para quien Mauricio Derval había dado una carta de recomendación a Merande. Zamba se puso a golpear con violencia. Una voz del interior preguntó algo. Zamba respondió:

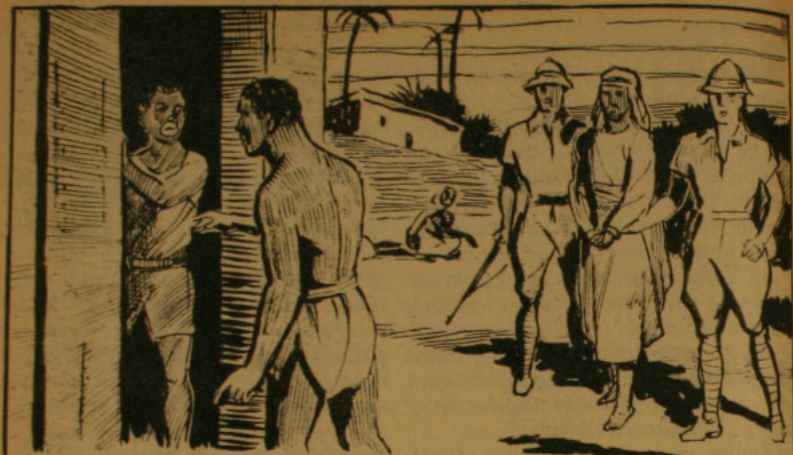
—¡Abre, francis venir conmigo!

La gruesa puerta se abrió y apareció el rostro de un negro de labios colgantes y de ojos sonrientes. Pero a la vista del tuareg que iba con los viajeros, hizo un gesto de temor y ya iba a cerrar la puerta, cuando un rápido movimiento de Zamba se lo impidió.

—¡Un tuareg! exclamó el negro asustado.

¡Tonto! Targui ser prisionero de francis... declaró Zamba.

El negro cedió ante aquella mezcla de persuasión y violencia e invitó a entrar a los visitantes. El interior de la casa era espacioso y agradable. Los visitantes atravesaron un enorme aposento, luego un corredor y, en una sala de tapices



La maciza puerta se entreabrió y asomó la cabeza de un sirviente negro.

preciosos y alfombras bordadas, de cojines de seda brillante hallaron por fin a "musiú" Pricam, como decía Zamba. Después de los saludos de rigor, el dueño de casa dijo con mucha cortesía:

—Señores, están ustedes en su casa. Los huéspedes son un presente de Dios.

Después de tomar conocimiento de la carta de recomendación, dijo:

—Señores, mi amigo Derval me comunica que ustedes desean emprender un viaje al sur. ¡Viaje peligroso, señores!

—Ya sabemos eso, señor Pricam, dijo Salvere.

—Bien. Les ayudaré en todo lo que de mí dependa. Pero antes, hágame el honor de compartir conmigo el pan y la sal de la hospitalidad.

Terminada la ceremonia que consistió en unas tazas de café exquisito y de varias golosinas, amén de un tabaco incomparable, el dueño de casa dijo con tono jovial y amable:

—Ahora pueden decirme en qué puedo serles útil.

—Quisiéramos, replicó Santiago, encontrar a dos guías sudaneses que sirvieron en su viaje a mi tío Felipe Merande y de quiénes el señor Derval nos habló muy bien.

—Sí; ustedes hablan de Niembé y de Kunú ¿verdad? Son los únicos que lograron escapar al desastre. No sé dónde está ahora Niembé; pero sé que Kunú está en Kabara. Niembé se fué de Tombuctú hará cosa de un mes. Según me dijeron, fué contratado para transportar sal en barras a Dienné. Si encuentran ustedes a Kunú, éste podrá darle noticias de su amigo Niembé. Les he dicho a ustedes que el viaje es peligroso. porque hará dos años, más o menos, la región está amenazada por una banda de aventureros y exploradores inescrupulosos, de diversas nacionalidades, ingleses alemanes, holandeses y hasta franceses. No se sabe qué es lo que persiguen; pero lo cierto es que desvalijan las carava-

nas y asaltan a los viajeros en todas formas.

—Entre hombres de armas y cargadores somos unos cincuenta, dijo Merande. Y ahora, señor Pricam, le ruego que nos diga algo de mi tío... ¿Cree usted que haya sido asesinado por alguna causa particular, por enemigos de su persona o de sus proyectos?

—Yo creo que su tío se cruzó en el camino con algunos bandidos que creyeron hallar en él a un competidor y decidieron eliminarlo. Pero si usted viene a ejercitar una venganza, señor Merande, le aconsejo que no se arriesgue con sus cincuenta hombres... ni siquiera con cien.

—Sólo venimos por asuntos científicos, dijo don Juan Salvere, interviniendo en la conversación. Felipe Merande logró hacer curiosas observaciones que pueden resultar de mucho interés. No es otro el objeto de nuestro viaje.

—Bien, muy bien; si los bandidos conocen esta circunstancia, creo que los dejarán a ustedes tranquilos.

En ese momento, uno de los negros servidores de *musiú* Pricam, vino a decir a su amo que un visitante quería verlo.

—Que pase. Es mi amigo Ahmed, un comerciante tripolitano a quien envié a buscar porque me parece que sabe algunos detalles de la muerte del señor Felipe Merande.

El tripolitano fué introducido a la sala. Pareció muy encantado de encontrarse con los franceses. El señor Pricam, sirviendo de intérprete, porque el tripolitano no hablaba sino en árabe, preguntó que a dónde iban y de dónde venían los franceses. Y cuando supo que los

expedicionarios venían con fines científicos, exclamó:

—Me agradarían que fueran a visitar mi tienda.

Con la idea de no disgustar a ese hombre que podía darle noticias de la muerte de Felipe Merande, los franceses aceptaron su proposición. Al pasar por el patio, Salvere tuvo la satisfacción de ver todas sus cajas muy bien ordenadas en filas y custodiadas por Zamba.

No tardaron en llegar a la tienda de Ahmed y después de unas cuantas ceremonias casi idénticas a las verificadas en casa de Pricam, el tripolitano dijo:

Ahora que sé que este joven francés es de la sangre del señor Felipe Merande, pondré en sus manos el secreto de su muerte.

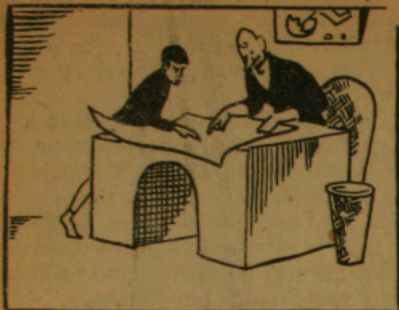
Ahmed seguía hablando en árabe y los franceses le entendían a través de Pricam que servía de intérprete. De este modo, los tres blancos expedicionarios supieron que un indígena mozi, servidor de los bandidos que habían dado muerte a Felipe Merande, había hallado un papel escrito por Felipe y del cual se había apoderado creyendo que indicaría el lugar donde estaba escondido un tesoro. Pero el papel no hablaba de tesoro. Antes de morir, el mozi había entregado el papel a Ahmed y éste lo había hecho leer por su sobrino Alí, que conocía perfectamente el francés.

Ahmed se levantó y acercándose a un armario, abrió un cajón y sacó un papel amarillento. Pasó el papel a Santiago Merande y habló en árabe:

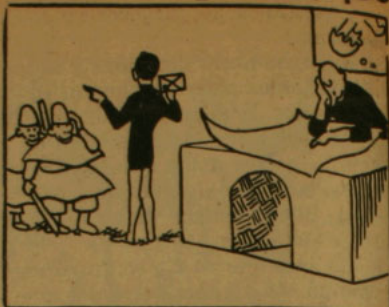
—Dice que ese es el papel hallado por el mozi, explicó Pricam.

(Continuará)

Lamentos, lantos y gritos, ¡se



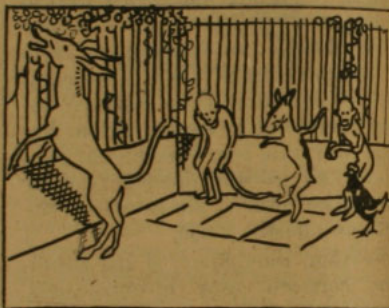
1.—Don Martín y Pepito, van sobre un plano, rutas estudiando. Es asunto que les quita el sueño, y en el que tienen todos gran empeño.



2.—Los monos de servicio permanente, reciben un encargo muy urgente, que Pepito les da. Don Martín Galás pone en su fantasía bellas alas.



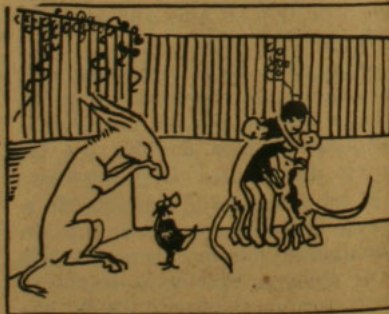
3.—Y en casa de Pepito se presentan dos monos, que el temor y el tedio abuyentan, ofreciendo la carta, que es leída y después celebrada y muy reída.



4.—Los dos monos, con Chochi y la gallina, juegan al paso y a las cuatro esquinas, mientras don Cocos, muere que te muere, quita a la hiedra su ramaje verde.



5.—Ve, Chochi, de don Cocos la faena y le increpa, le rifie, mientras los monos y doña gallina se asombran de tamaña regañina.

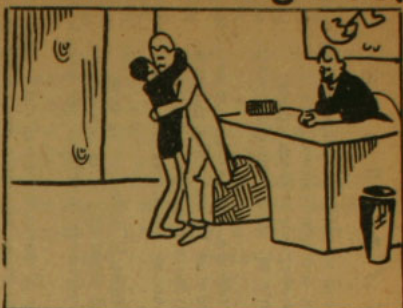


6.—Como Chochi, chillando se enfurece, alármase Pepito, que aparece inquiriendo el motivo de las voces. Doña gallina llora con don Cocos.

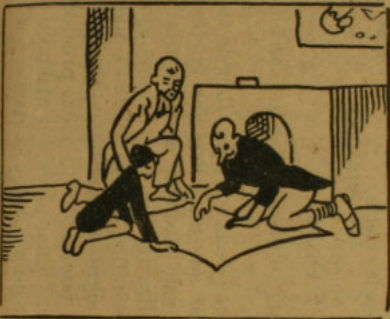
han perdido los negritos!



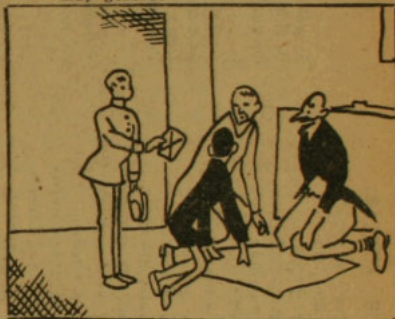
7.—Con aire muy marcial, tipo aguerrido y satisfechos del deber cumplido, los monos ante el niño, le aseguran que su papá le espera, y le saludan.



8.—Vuelve Pepito loco de contento y, en efecto, ya está en el aposento su papá, que le abraza cariñoso y que le hace preguntas muy gozoso.



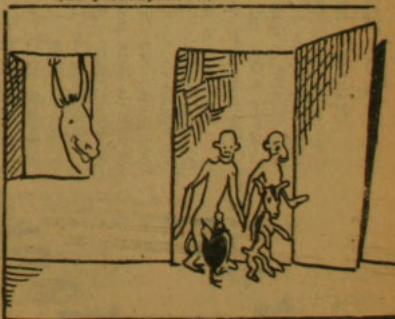
9.—Pepito y don Martín van explicando, sobre el plano lo que están ideando. Algo grande; es audaz este proyecto, pero no dudan en llevarlo a efecto.



10.—Llega un botones de la gran revista "El Colegial", que es chico de vista, con una carta urgente que ha llegado para Pepito, que preocupado...



11.—Rasga el sobre, comienza la lectura, y parece atacado de locura: salta, ríe, da voces a su gente. Nada, parece un loco de repente.



12.—Entra aquella familia peregrina. Chochi, los monos y doña gallina. Asomando también por la ventana, Don Coces su risueña faz galana...

(Continuará)

CON LAS MANOS JUNTAS...

¡Cuán viva está la fé sobre la herida!
Dulce paz de confiar en la plegaria
que tiene algo de verso y de perdón.
Como última ilusión de nuestra vida,
retorna hacia mi alma atormentada
el fácil lenitivo de la oración.

¡Nunca creí en la fé de estos momentos!
Y si al corazón las zarzas lo han herido
un sueño de ternura sacude mi razón:
por sobre todo este fatal remordimiento
la luz de esta plegaria sin ser luz imposible
es claro como un verso que tiene algo de flor.

Bendito sea Dios que todo puede
y que aunque el alma viva sangrándose de a poco
extiende en el vacío la paz que fué ilusión...
Los éxtasis se trizan, el rosál se muere;
però, viva y fuerte la fé me resucita
y como nunca de dulce florece la oración.

NIEBLA

LAS MANITOS DE BLANCA

Manos pequeñas de niña... Lirios
hunados de plinto azul-cálido, surco
donde las venas entretejen la savia
de vida que anima el rosál purpú-
reo de su sangre. Nardos fragantes
y sedosos que tienen algo de músi-
ca y un "no sé qué" de cielo...

Manos suaves y perfumadas. Alo-
cadas mariposas que esparcen la
mirra de místicos altares, a cuyo
compás la magia del ensueño flore-

ce en un soliloquio de luz y de son-
risas...

¡Surge de la eufonía tibia de tus
manitas adoradas la dulce tristeza
de un solo ensoñar: acaso mañana
sean ellas las que cierren mis ojos
para siempre, ágiles palomas que,
en un signo de bendición, al entor-
nar la puerta de mi vida, precipi-
ten a mi alma al vergel armonioso
y sin nombre del Más Allá...

Maryne Da Ler

I N V E R N A L

La lluvia — con su canto — sobre el azul destaca
la gris monotonía con que Natura llora...
A flor de labio surge, con tristeza opaca
lo que eternamente mi alma, con dolor añora.

La heráldica ternura con que mi ser se viste
al pasado recuerdo de los ensueños muertos,
tiene el sabor divino e inmensamente triste
del verso que eterniza nostalgias del momento.

Así como la tierra la baña con su beso
y hace temblar al árbol que calla con su rezo
en mi se alza el recuerdo lo mismo que oración...

La lluvia y su plegaria, mientras sutil desciende
en mi ser y en mi vida, yo siento que se extiende
como un blanco sudario — la flor de mi emoción!

MALVA OVALLE DE LA CRUZ

NUESTROS COLABORADORES

(En esta página serán publica-
dos los mejores trabajos literarios
de los colaboradores).

En el próximo número empieza
la hermosa novela
LOS ESCLAVOS DEL SULTAN

FLORES DE MARTIRIO

El emperador Galerio gobernaba entonces la vastedad del Imperio Romano. Se había promulgado un nuevo edicto contra los cristianos y los gobernadores imperiales rivalizaban en su afán de destruir el cristianismo.

En Cesárea de Capadocia, dominaba el prefecto Apricio con toda la majestuosa autoridad de un representante del César. Los jueces se sentaban al pie del tribunal, mientras los liectores guardaban la entrada. En el recinto del pretorio se alzaba una estatua de Júpiter, ante la cual había un trípode de bronce, con fuego para quemar incienso.

No lejos del trípode se veían tres hombres de aspecto siniestro; tenían en sus manos diversos instrumentos de tortura, tenazas de hierro candente, pinzas y látigos con pinchos. Eran los verdugos que ofrecían al dios pagano almas y conciencias todos los días. Gran número de cristianos acababan de sufrir torturas y tormentos para ratificar su fe en Cristo.

Unos, cubiertos de sangre, estaban amarrados fuertemente a las columnas del tribunal; otros estaban colgados de un brazo del techo de la galería, y otros esperaban mansos y resignados, que les llegara también la hora del suplicio.

La curiosidad del público pagano por aquellas escenas sangrientas parecían hallarse ya satisfecha, cuando de nuevo fué reanimada por la aparición de una mujer velada y vestida de blanco, que llegaba entre dos guardias. No se distinguía su rostro, pero debía ser joven y, sin duda, bella, porque su

talle era esbelto y sus movimientos cadenciosos y ágiles. Bajo su velo sobresalían hermosas trenzas de cabellos negros, brillantes y suaves.

—¿Cuál es tu nombre? le preguntó Apricio con entonación amigable, como acostumbraba hacerlo siempre al principio del interrogatorio, para ver si podía hacer caer a sus víctimas en delito de apostasía.

—Mi nombre es Dorotea, respondió la joven con voz melodiosa.

—Te han conducido aquí, sin duda, porque ignoras los edictos del emperador, ¿verdad?

—No los ignoro. Pero mi Dios me prohíbe obedecer.

—Aquí tienes al rey de los dioses. Si obedeces a un dios, con mayor razón debes quemar incienso ante el rey de todos ellos: Júpiter.

—Ese no es un dios, porque no puede ser dios lo que es obra de los hombres. Mi Dios verdadero, señor de todos los seres y las cosas, está en el cielo y no ha sido creado, porque existe desde la eternidad.

—Tu mente desvaría, niña; no prosigas en esas locuras que sólo pesares y tormentos pueden acarrear.

—No temo a los hombres. Dios está en mí y me ayudará a soportar todos los martirios.

—Niña, eres una flor de candor, un lirio que no debe ser tronchado por el vendabal del martirio. ¿Quema incienso a nuestro padre Júpiter y quedarás libre!

—Imposible. Yo adoro a un solo Dios que está en los cielos, después de haber bajado a la tierra para morir en una cruz y redimirnos a todos.

—¡Desvaríos, desvaríos de un espíritu débil! exclamó Apricio, moviendo la cabeza.

Y conmovido por una invencible compasión hacia aquella joven que parecía un lirio tierno y cándido, se volvió a los lictores y les dijo:

—Volvedla a su prisión. Quiero que tenga tiempo para que reflexione.

—o—o—o—

Dorotea se hallaba sola en la prisión que tantos cristianos habían abandonado para ir camino de la muerte. Con su voz armoniosa cantaba de rodillas el cántico de los jóvenes hebreos cuando fueron metidos en el horno ardiente, invitando a todas las criaturas a alabar al Señor. Absorta en su oración, no oyó abrir la puerta de la prisión.

—¡Dorotea! pronunció alguien en voz baja.

Dorotea se volvió. Dos jóvenes estaban ante ellas, dos jóvenes de rara y deslumbrante belleza, con trajes elegantes y magníficos. La mayor llevaba trenzado en el cabello negro, sedoso y abundante, una sarta de perlas; la más joven iba envuelta en gasas ligeras que la hacían aparecer como envuelta en una nube bordada de oro.

—¡Oh, hermanas mías, cómo os presentáis aquí vistiendo esas galas y con semblante alegre! ¿Acaso habéis apostatado?

—¡Sí, hermana! Nuestros cuerpos son débiles y no quisimos someternos al tormento. Y tú misma, Dorotea, débil y delicada, no podrías resistir a los suplicios.

—¿Y habéis venido a decírmelo?

—Gozamos de las delicias de la vida, Dorotea, El gobernador Apricio



Dorotea estaba sola en la prisión que tantos otros habían abandonado camino de la muerte.

cio nos ha recompensado magníficamente por nuestra obediencia y nos prepara a cada una un brillante casamiento. Tú puedes esperar lo mismo. Te verás colmada de riquezas y serás la esposa feliz del elegido de tu corazón. Consiente en quemar unos granos de incienso en honor de los ídolos y te librarás del suplicio; no rechaces la dulce copa de la vida, después de todo podrás seguir reverenciando, en secreto, como nosotras, el nombre de Cristo y practicando su doctrina sublime.

—¡Oh, desdichadas, apartaos de mí, el demonio os ha perdido! ¿Os han enviado aquí para tentarme? Dímelo, Crista, dímelo, Calixta... ¿Os calláis? ¿Habéis renegado de Dios, habéis cedido al miedo, ese miedo del cual los romanos hacen un dios! ¡Crista, Calixta, ya no sois

hermanas mías! ¿Por qué habéis abandonado a Cristo? ¿No sabéis que El os hubiese sostenido y fortificado en medio del tormento? ¿Cómo es posible que hayáis renunciado a vuestra parte del cielo, a vuestra corona de gloria?

Las dos hermanas apóstatas inclinaron la cabeza confundidas, avergonzadas. Y Crista respondió:

—Tienes razón, Dorotea; a pesar de tanta magnificencia, de tantas regalías, no somos felices. La imagen de Dios no se ha apartado un instante de nosotras, ni siquiera en medio de nuestros placeres.

—Es que nuestro Dios os busca, exclamó Dorotea. Escuchad su voz, hermanas mías, volved al redil del Buen Pastor y enseñadme vosotras cómo debe morir una cristiana...

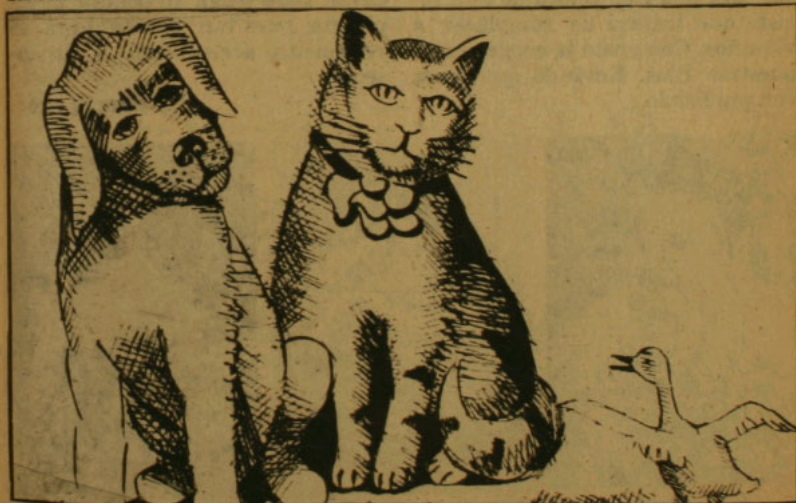
Crista y Calixta se echaron llorando al cuello de su hermana Dorotea. Y cuando la casta virgen que había operado el milagro de la redención de sus hermanas fué lle-

vada de nuevo ante el tribunal de Apricio, Calixta y Crista la siguieron envuelta en sus magníficas vestiduras. Al salir de la prisión encontraron a unos mendigos y sacándose sus joyas se las entregaron, diciéndoles:

—Tomadlas; no las necesitamos, pues caminamos a la muerte.

Poco después Calixta y Crista recibían la palma del martirio; ambas fueron precipitadas en una caldera de aceite hirviendo. En seguida, Dorotea, con paso seguro, avanzó hacia el verdugo que esperaba con la espada lista. Un instante más tarde rodó su cabeza en el cadalso y su alma, pura como un lirio, fué a juntarse con la de sus hermanas. Y los ángeles, en el cielo, recibieron fervorosos aquel ramillete compuesto por tres flores de martirio.

FIN



Tommy pregunta a Micfuz: ¿A cual de los dos tocará ir a la matinée del Domingo?
Patito repite muy contento: ¡Iremos los tres!

CORRESPONDENCIA

Caleuche.— Por el momento no disponemos de mayor número de páginas; pero tan pronto sea posible dedicaremos una página a dar biografías de los Padres de la Patria. Creemos pueda ser luego, por lo tanto será complacido. En nuestro próximo número irán las bases para el Concurso de cuentos chilenos que abrirá "El Colegial".

Arpe.— Bueno sus dibujos, le aceptamos como colaborador dibujante.

Lorenzo.— Podemos hacerle la suscripción a esta revista desde el N.º 1, para lo cual Ud. debe remitirnos un giro postal o telegráfico a la Dirección de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago.

María Carbone.— Qué simpática cartita nos envía, nos complace saber que le gusta "El Colegial" y que será una fiel lectora de esta revista que tratará de complacer a los niños. Con gusto la acogemos en nuestras filas. Envíe lo que desea ver publicado.

Flecha.— Remita las colaboraciones que nos indica y si son buenas las daremos en "El Colegial". Agradecemos sus buenos deseos y felicitaciones tan cariñosas. Aceptado como colaborador. Habrán concursos infantiles.

Puchete.— Queda aceptado como entusiasta colaborador.

Sering.— Dedicaremos una página al Deporte Infantil. Pueden enviar las fotografías de sus teams.

Siberiano.— Muy simpática su cartita. Con gusto le aceptamos como colaborador de "El Colegial". Puede enviar la novelita y demás colaboraciones que desea ver publicadas en esta revista.

Nino.— Cuánto nos complace saber que a Ud. le agradan nuestras seriales. Su cuentecito es bueno y lo daremos con las ilustraciones que envía. Pero tenga un poquito de paciencia, pues tan pronto haya un rinconcito, accederemos a sus deseos.

EL SECRETARIO



RENAN D. MIRANDA E.



FLOR M. MIRANDA E.



LEONOR VIDAL INGLES

CRYPTOCARPA PEUMURNEES

Familia: LAUREACEAS

El peumo es un hermoso árbol de hojas persistentes, que abunda especialmente en las provincias australes.

El tronco se levanta hasta 15 metros de altura; tiene la corteza agrietada, arrugada y parda.

Las hojas coriáceas cortamente pecioladas son opuestas, enteras acovadas y lisas. Tienen el borde ondulado. La cara superior luce un vivo color verde, que sólo es superado por pocas plantas. El nervio medio de la cara inferior verde-azuleja es muy pronunciado; en la superior apenas es perceptible, y sólo se distingue por su coloración más clara.

Precisa para su crecimiento poca humedad; prefiere las localidades más secas. Las numerosas flores poco vistosas están reunidas en panojos. El fruto es una baya aromática de forma ovalada, de 1-5 cm. de largo, por 1 cm. de ancho. Es comestible y contiene un jugo blanco grasoso. Para quitarle el gusto amargo, basta colocarla en agua caliente, o retenerla por algún rato en la boca.

La madera es muy apreciada por su resistencia a las acciones atmosféricas. Se emplea en la construcción de carretas. La corteza es rica en tanino y se utiliza en el curtido de las pieles. El te preparado de las hojas se recomienda en las afecciones del hígado.

Abunda desde Coquimbo al sur.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



EL TORITO

(SCLEROGNATHUS BACCHUS HOPEI)

Este insecto es muy común en nuestros bosques del sur, se le llama vulgarmente Torito. Vive siempre adherido a los troncos de los robles. En una excursión a las montañas de Cura-Cautín, tuve oportunidad de conocer la vida de este animal, en una de mis cotidianas colectas me encontré con un roble próximo al camino internacional por Lonquimay, de aspecto enfermo. No me llamo la atención desde el punto de vista entomológico, pero sí, quise descansar bajo este árbol peculiar de Chile. Al dar una mirada al tronco del árbol para ver cuál era la causa de su enfermedad, cuál no sería mi sorpresa al ver, que junto al suelo, su tronco estaba cubierto de Sclerognathus Bacchus Hopei, después de detenida observación me resolví a recoger tan interesante insecto.

El árbol manaba abundante cantidad de savia, por las heridas originadas, no por el hacha ni otro objeto cortante, sino por las poderosas mandíbulas de nuestro Torito. En estas heridas principiaban varias galerías, en una de ellas había una hembra desovando y en otras, larvas en distintos estados de desarrollo, las que se alimentaban con la savia. El Torito, al hacer sus galerías, hace que el roble mane savia la que mezclada con aserrín se produce una fermentación y él sin darse cuenta bebe de esta savia fermentada y cuando menos lo piensa se siente embriagado hasta quedar completamente ebrio. Es perjudicial al roble.





EL TIO TRANQUILINO



1.—Apenas vieron ese día los niños al tío Tranquilino, se quejaron de que no tenían con qué jugar.—Vengan, dijo al punto el tío Tranquilino sonriendo.



2.—El bondadoso tío tomó un barril viejo y llevándolo a un taller de tornería lo puso en la sierra circular y en un periquete obtuvo tres hermosas ruedas.



3.—Muy felices los niños echaron a rodar esos aros improvisados, mientras el tío Tranquilino los seguía animándolos y divirtiéndose tanto como ellos.



4.—De repente pasó por allí corriendo un chiquillo, seguido de una niña que gritaba: ¡Atájenlo, ese picaro me ha robado la cartera, atájenlo, por favor!



5.—¡Se ha escapado, ya no es posible alcanzarlo! exclamó la niña llorando. — ¡No llores, nena! le dijo el tío Tranquilino. ¡Ya verás como lo detengo!



6.—El tío Tranquilino tomó los aros de los niños y con una maestría admirable los lanzó uno tras otro sobre el chiquillo que huía con la cartera robada.



7.—El ladrón se halló de pronto encerrado en unos círculos que no lo dejaban mover ni pies ni manos. En el acto los niños se acercaron a quitarle la cartera.



8.—En seguida, con gran regocijo de la niña lo echaron a rodar en dirección del policía que esperaba tranquilamente. — ¡Viva el tío Tranquilino! — gritaron todos.